



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Quienes visitan la Mezquita de Omar, también llamada la Cúpula de la Roca, en Jerusalén, se les indica que el lugar corresponde al monte Moriah en el que según las antiguas tradiciones judías (también cristianas y musulmanas), Dios creó a Adán y a Eva; en él se encontraba el altar del Templo construido por el rey Salomón y, durante siglos, "lugar de expiación por los pecados".

En este sitio también se sitúa la escena bíblica de la (עֲקִידַת יִצְחָק/Akedát Yitzhák) que significa "la atadura de Isaac". Es el lugar donde Abraham se disponía a sacrificar al hijo de la promesa (los LXX lo traducen por ἀγαπητός-**predilecto**) que había tenido de Sara -mujer estéril- cuando contaba noventa años.

Pocas páginas de la Escritura han sido más veneradas y estudiadas que este texto que, en este domingo, se nos ofrece en nuestro caminar cuaresmal. El santo patriarca es una de los personajes fundamentales del Antiguo Testamento que nos ayuda a comprender el evangelio. La lectura de este domingo comienza diciendo que "Dios puso a prueba a Abraham".

La noción habitual que tenemos de lo que significa una prueba por parte de Dios, es que nos tienta para luego concedernos una recompensa mayor. Maimónides, judío sefardita que nació en Córdoba en el siglo XII, en su obra *Guía de los Perplejos*, considera que las pruebas, generalmente, tienen por fin darnos a conocer:

- a) **Lo que debemos hacer.**
- b) **Lo que debemos creer.**

En el caso de Abraham la hora de la prueba se con-

virtió en momento de gracia.

El consuelo de Dios, tras el momento de dolor, es como el arco iris después de un temporal espantoso: no sólo es signo del final del peligro, sino un prodigio gratuito que serena de nuevo el corazón, haciendo posible que brote un canto agradecido que, en este caso, lo encontramos en el salmo responsorial

En este pasaje hay considerar el papel activo que tuvo Isaac: casi todos los estudiosos coinciden en que tendría unos treinta y siete años y sabía muy bien lo que estaba pasando: no se opuso, por el contrario, hizo suyo el proyecto.



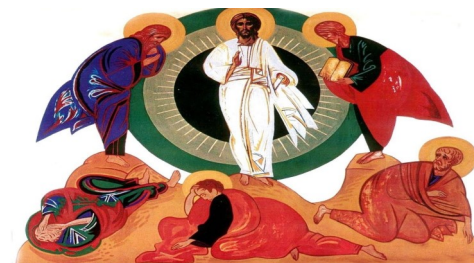
Esta lectura es importante puesto que, proféticamente, nos muestra la actitud de Jesús. El Hijo decide abrazar el plan de amor del Padre. El sacrificio redentor fueron conocidos y compartidos en el "hoy" de la Trinidad. El Hijo no se opuso, se hizo obediente (Flp 2,8) asumiéndolo por este camino, como aconteció con Isaac.

En el pasaje de la Transfiguración, los discípulos son introducidos en este misterioso programa al escuchar como el Padre declara que Jesús es su Hijo predilecto. Esta misma voz fue la que se oyó al comienzo del Evangelio de Marcos (1,11). De ahí que, el evangelista, siempre ha vinculado la figura de Jesús, el Hijo, con la del siervo de Isaías, del que se dice que Yahvé se «**complace**» (Is 42, 1). La razón de este agrado es su obediencia que le lleva a cumplir la misión confiada. Entre el Padre y Jesús hay una perfecta armonía, como acontecía entre Abraham e Isaac. **Lo que más se ama es lo que con gran sacrificio se ofrece.**

La imagen de Isaac llevando la leña sobre sus hombros trata de sugerir, en este domingo segundo de Cuaresma, que esta historia va más allá de sí misma, y presagia un sacrificio futuro que desborda toda comprensión.

El carnero enredado en un arbusto no es el sustituto, y el verdadero sacrificio no tendrá lugar en el Moriah sino en el Calvario. Es el Cordero y no el carnero. Es el Hijo de Dios, no el de Abraham, quien es ofrecido. Al igual que Isaac, lleva la madera (de la cruz) en la que se llevará a cabo su entrega. La ofrenda de su vida logra lo que ninguna otra podría alcanzar: **la salvación de todos los que están dispuestos a aceptar este regalo gratuito de amor**; es decir: dejarse embriagar por él, como se afirmará en el Cantar de los Cantares (1,1-17).

El pasaje de la Transfiguración es un misterio en el que se quiere introducir a los discípulos de todos los tiempos. En él no faltó el pavor. Jesús en Getsemaní sudó sangre (Lc 22, 41-45) . Este sentimiento es explicado por Søren Kierkegaard, filósofo danés nacido en Copenhague (1813-1855), y Menachem Mendel de Kotzk, rabino judío nacido en Polonia (1787-1859), afirmando que **solo el amor es capaz de superar el pánico**, puesto que transfigura todo nuestro interior como aconteció en el Tabor. Este grandioso mensaje no es fácil de entender, a primera vista, como aconteció con Pedro. Es un camino de misericordia que se abrió para los cristianos de todos los tiempos. El más cercano en recorrerlo es, quizás, San Maximiliano Kolbe. Su vida alcanzó la transfiguración de la pascua, gracias a la generoso entrega que hizo de sí mismo en el campo de concentración de Auschwitz.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 115, 10 y 15. 16--17. 18--19



10 Tenía fe, aun cuando dije:

«¡Qué desgraciado soy!».

15 Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles.

16 Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.

17 Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando el nombre del Señor.

18 Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,

19 en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.

El salterio es un libro lleno de poesía, de fe, impregnado de una gran confianza. Tiene un lenguaje accesible, sencillo y profundo, que recoge y expresa las actitudes del hombre en su relación con Dios que habla y escucha, de ahí que, en los salmos, se van orando las mil vicisitudes de la vida humana.

En ellos siempre podremos encontrar un fiel retrato de una humanidad que suspira, llora, lamenta, suplica, ríe, alaba, admira, se postra, calla y, como no, agradece. San Efrén el Sirio, que vivió en el siglo IV, en uno de sus «Himnos sobre la fe», afirmará: «*Tu amor ha dado confianza a mis dudas*». Esta gozosa experiencia es la que lleva al salmista, como aconteció con Abrahán, a experimentar la bondad de Dios en los momentos de

la dolorosa prueba, cuando se encontraba envuelto en una gran angustia.

El hecho de estar pasando por un valle de lágrimas, no quiere decir que Dios ha dejado de ser bueno con nosotros. Por su bondad nos rescata de la tribulación. Se acerca a nosotros con el calor de su ternura para consolar, limpiando nuestras lágrimas causadas por el dolor, haciéndolo suyo.

La rumia del modo como el Señor se acerca a nosotros, hace que brote en el santuario interior esta certeza que siempre llena de una profunda alegría: al Dios del cielo no se le pagan sus misericordias, sino se le muestra un agradecimiento sincero, sereno y sentido. Invocar el nombre del Señor es una manera de expresar la satisfacción y la humildad que embargan al salmista.

Cicerón, en su defensa de Cneo Plancio, afirma que «*La gratitud no es sólo la mayor de las virtudes, sino la madre de todas las demás*». Es el agua clara y fresca que brota de este salmo a modo de preciosa fuente. El ser agradecido es una forma de profesar la fe, y expresar la conciencia de su presencia en la vida del creyente; por tanto es manantial de esperanza y paz.

En «*Las Confesiones*», famosa obra autobiográfica de san Agustín, el autor habla frecuentemente de su agradecimiento a Dios por su conversión y su fe. Afirma que es la respuesta adecuada a su bondad y su amor. El reconocimiento y humildad es la mejor manera de acoger todo lo que nos da, y la respuesta más adecuada. Es una forma, de igual modo, de vivir la dimensión fraterna de la vida cristiana.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo Sancta Ovetensis

Domingo II de Cuaresma "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: «Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré». Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña...el ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios... todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi voz».

Génesis 22, 1-2. 9a. 15-18.



En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, sube aparte con ellos solos a un monte alto, y se transfiguró delante de ellos... Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús... y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo».

Marcos 9, 1-10.